

VIII

GANTE.—AUDENARDE.—TOURNAI

Audenarde, 24 de agosto, á las 8 de la noche.

Parece, esposa mía, que mis imprecaciones contra el calor de este pesado país, hayan producido efecto. Mientras cerraba mi última carta el cielo se cubrió, gratificándome con una de las peores lluvias, la lluvia fina y fría que abarca todo el horizonte y dura todo el día.

Para ir de Amberes á Gante, hay que atravesar el Escalda. Como los *polders* están inundados, nada menos que de nueve meses á esta parte, el trayecto por agua es más largo, y el vaporcito os lleva á tomar un camino travesero que se une con la carretera de Gante, media legua más arriba de la Cabeza de Flandes. Ya puedes imaginar que no me ha pesado este corto paseo casi por mar. A pesar de la lluvia, he permanecido en el puente, oyendo como se alejaban vagamente los cantos de los marineros que iban hacia el mar, y contemplando como iba desapareciendo entre la bruma el alto chapitel de Amberes.

No he hecho más que pasar á Gante (pero cuento volver cuando haya visto Tournai y Courtrai).

Gante es una hermosa ciudad. Gante es, respecto de Amberes, lo que Caén á Ruán: una cosa hermosa

al lado de una cosa admirable. Sin embargo, me he tomado ya el tiempo de visitar San Bavón y, no hay que decirlo, he subido á la torre. Para mí hay dos maneras de ver una ciudad, que se completan una á otra; primero en detalle, calle por calle y casa por casa; después en masa, desde la cúspide de los campanarios. De esta manera se tiene en el espíritu el frente y el perfil de la ciudad.

Vista desde lo alto de San Bavón, esto es, á doscientos setenta y dos pies de altura, y hay que subir cuatrocientos cincuenta escalones para llegar allá arriba, Gante tiene su configuración gótica casi tan bien conservada como Amberes. La torre atalaya, coronada por un enorme grifo dorado, tiene por techo una pintoresca aglomeración de torrecillas, de tragaluces y de veletas. Al lado hay una iglesia antigua y negra, San Nicolás, cuya fachada, casi románica, es admirable. Es una iglesia grande y severa, flanqueada por dos torrecillas almenadas del mejor estilo. Algo más lejos, está San Miguel que, como San Nicolás, se presenta por el ábside. Dos ó tres iglesias más se yerguen más lejos en medio de los techos recortados en escalera. Al volverse, divisase San Jaime, que tiene tres agujas, una de piedra y dos de pizarra. Al lado una hermosa plaza con altas fachadas en piñón interrumpidas por dos viejas casas de piedra del siglo xvi, con torrecillas y grandes techumbres. La que está en medio del lado menor de la plaza, era la casa de los condes de Flandes. Aquella plaza es el mercado de telas. Y luego vienen otra porción de pintorescos mercados, de conventos, de estrechas y retorcidas encrucijadas circuídas de casas almenadas que toman toda clase de actitudes y rompen sus líneas unas sobre otras de un modo sumamente agradable; y luego un techo inmenso que cubre una nave grande y austera del siglo xiv sin torre

ni campanario, y es la iglesia de los Dominicos. En aquel momento entraban varios monjes con su admirable hábito, túnica blanca y escapulario negro. A mis pies la casa comunal con sus dos fachadas, la una del tiempo de Luis XIII, y la otra del tiempo de Carlos VIII; la una severa, la otra agradable.

Añade á eso, más allá de la ciudad, un inmenso horizonte de praderas, y en la ciudad una multitud de puentecitos y de corrientes de agua donde se bañan las casas, y tendrás una ligera idea de Gante á vista de pájaro.

Es verdaderamente una hermosa ciudad; cuatro ríos confluyen en ella: el Escalda, el Liève, el Moer y el Lys. Es una red de agua viva que se ata y se desata á cada momento por entre las casas y que divide la ciudad en veintiséis islas; lo que hace que, con sus barcas, sus innumerables puentes, sus viejas fachadas con los pies en el agua, Gante sea una especie de Venecia del Norte.

Precisamente al pie de la catedral, en un laberinto de pesadas casas flamencas, mi guía me ha hecho notar un lindo patio con jardín, gracioso, verde y enarenado, rodeado por un pórtico del pasado siglo, todo él rocallas y hojarasca, con columnata y estatuas de mármol azul. Esta casa y jardín tienen un aspecto sumamente fresco y risueño: era la habitación de ese viejo millonario Maës que acabó tan miserablemente asesinado hace dos años y que llenaba de oro sus sombreros viejos.—Ahora hacen obras en su casa, añaden un piso y allí se confunden el gozo y la riqueza. Nunca he compadecido á aquel hombre.

Hay muchas fachadas barrocas en Gante entre los piñones góticos, y de las más retorcidas, lo que las hace pasables. El barroco sólo se puede soportar á condición de que sea extravagante.

¿Pero no te cansa toda esta charla, mi adorada

esposa? Estoy hablando contigo como si estuviésemos en el rincón de nuestra chimenea de la plaza Real. Te lo cuento todo. Te incluyo lo más que puedo de mi viaje. Avísame, Adela mía, si mi relato no te distrae.

Esto sí que te hará reír. Hace un momento, al salir de Gante, entre Gante y Audenarde, he visto en una aldea una muestra de mesón en donde estaba pintada la cara de un hombre peinado á la Tito, con grandes patillas, charreteras de oro, uniforme azul con vueltas blancas, y la cruz de Leopoldo al cuello. Debajo había esta inscripción: *Luis XIV, rey de Francia*. Digo la cosa como es, nada invento.

En este país no se encuentran ni quintas, ni torreones, ni castillos. Se ve que es el país de los municipios y no de los señores, de las burguesías y no de las castellanías. En cambio, hay por todas partes palacios comunales, deliciosas flores de piedra, que el siglo xv sobre todo hizo entreabrir con esplendor en medio de las ciudades.

Aquí, por ejemplo, en Audenarde, desde donde te escribo, y que no es más que una pequeña villa, veo desde mi ventana del Hotel del León la silueta de una encantadora casa de la villa del más florido gótico, coronada por una verdadera corona de piedra rematada por un gigante armado y dorado que sostiene el blasón de la ciudad.

Toda la plaza que tengo á la vista es deliciosa, aun cuando haya conservado demasiado poco de sus antiguas fachadas puntiagudas. Delante la del palacio comunal hay una bonitísima fuente de 1676. El duque de San Simón tenía apenas un año cuando la construyeron. Al lado de la fuente hay un hermoso álamo; y allá abajo, por encima de las casas, divisase un hermoso campanario gótico austero. El sol poniente proyecta pintorescas sombras sobre todo eso.

En Flandes tienen la estúpida costumbre de cerrar todas las iglesias al medio día. Pasado el medio día ya no se ora. Dios misericordioso puede ocuparse en otra cosa. Esto hace que de las dos iglesias de Aude-narde no haya podido visitar más que la menor, que es aun muy notable con su ábside románico. Hay dos hermosas tumbas indignamente mutiladas. Para ver-las, me he visto obligado á atravesar un batallón de viejas que estaban lavando la iglesia y venían refun-fuñando á mojar el pavimento hasta mis pies. He tenido la satisfacción de hacer salir de sus bocas di-versas imprecaciones flamencas que he dejado revo-lotear tranquilamente por la iglesia.

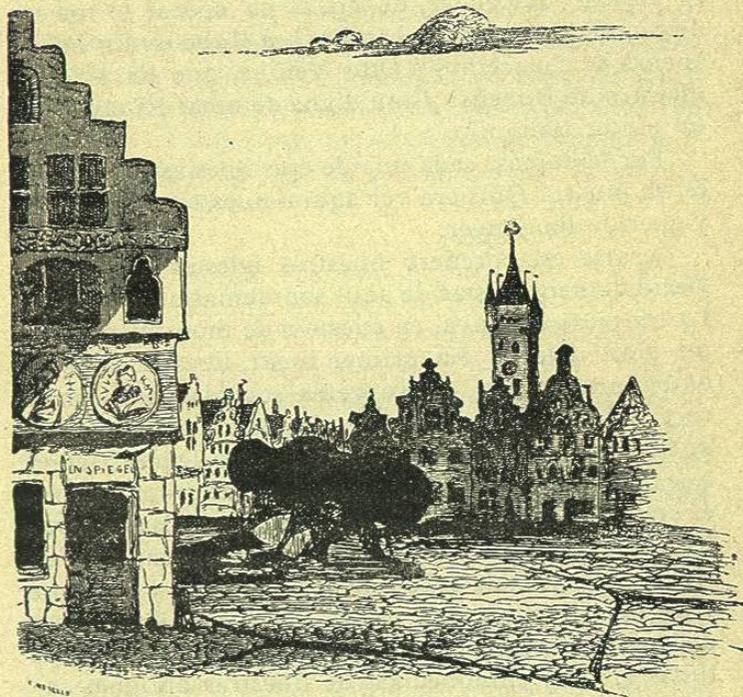
Las buenas señoras flamencas siguen justificando lo que de ellas te decía. Consagran veinticuatro horas del día á lavar su casa, y la veinticinco á lavarse á sí mismas. Por lo demás, son muy bonitas la mayor parte, casi todas blancas con hermoso pelo negro, como tú, mi adorada Adela. El domingo se ponen una hermosísima cofia de encajes de forma deliciosa. En Lier, la sostienen con una especie de lazo de alfi-leres, muy singular y muy lindo. Ya comprenderás que te hablo de las campesinas. Las mujeres de Bru-selas llevan la *faillie*, casi una mantilla, lo que les sienta admirablemente.

He visto el gran cañón de Gante, del que te hago aquí un apunte.

Es un enorme tubo, hecho de planchas de hierro forjado, una verdadera máquina de guerra del siglo xv. Los de Gante lo cuidan muy mal. Lo han encarama-do encima de tres pies barrocos esculpidos en forma de guirnaldas, y todo el hueco de la bombardita no es más que un receptáculo de basuras. Ese cañón tiene diez y ocho pies de longitud y pesa treinta y seis mil li-bras. Distínguese muy bien, en el interior, las estrías que forman las planchas de hierro. La boca tiene dos

pies y medio de diámetro, y arrojaba grandes balas de granito ó toneles de metralla. Es enorme.

Esto no es nada, empero, comparado con aquellas bombardas de Mahomet II, que arrastraban cuatro mil hombres y dos mil yuntas de bueyes, y que vo-



mitaban inmensos bloques de rocas. Eran como unos volcanes que el turco apuntaba sobre Constantinopla.

En San Bavón hay algunos hermosos cuadros, dos sobre todo, uno de Rubens y el otro de Juan van Eyck, el inventor de la pintura al óleo. El de Rubens, que representa la admisión de san Amando en el monasterio de San Bavón, es admirable. El grupo de

abajo está soberbiamente tratado. El otro, de estilo muy diferente, no es menos maravilloso. Van Eyck es tan tranquilo como Rubens violento. Hay, además, una hermosa pintura de un discípulo de van Eyck, y otra, bella también, del maestro de Rubens. Esos cuadros maestros forman una especie de escalera que es curioso descender, de época en época, ó, mejor dicho, de ascender, de van Eyck á Rubens. En París apenas si conocemos á Otto Venius, que ha sido el maestro de Rubens. ¡Cosa digna de nota! Es también un pintor tranquilo.

Por lo demás, cada una de esas iglesias flamencas es un museo. Quisiera ver aquí á nuestro bondadoso y querido Boulanger.

Aparte eso, prefiero nuestras iglesias francesas. Decididamente, estas de aquí son demasiado limpias. La limpieza excesiva, en cuestión de monumentos, es un gran defecto. En primer lugar, lleva consigo el embadurnamiento, esa suprema suciedad, y luego el roce, y luego el perpetuo lavado. Ahora bien, el color de los siglos es siempre bello y el polvo de hoy alguna que otra vez. El uno es la huella de las generaciones, el otro es la huella del hombre. Todo es blanco, reluciente, pulimentado, límpido, brillante en las iglesias belgas. A cada paso, el contraste duro y chocante y prodigado por todas partes del mármol blanco y del mármol negro. Abundan muy poco esas bellas tintas grises y enmohecidas de nuestras antiguas catedrales. No hay vidrieras de colores. Romper las vidrieras y enjabelgar las iglesias, y á menudo echar abajo las tribunas, en esto consiste la devastación peculiar de los curas. Quieren ser vistos á la fuerza; y para ello hay que blanquear los vidrios, blanquear las paredes y derribar las tribunas. ¡Oh, coquetería! ¿En dónde te introduces?

Desde que estoy en Bélgica, sólo he visto dos ó tres

tribunas, y aun cruelmente pintarrajeadas, dos ó tres vidrieras y dos iglesias tan sólo que no hayan sido enjabelgadas: Santa Waudru de Mons y la capilla de Bruselas.

En Bélgica, ni una de esas hermosas portadas atestadas de admirables estatuas, como en Chartres, como en Reims y como en Amiens. Las portadas de las catedrales más hermosas no tienen una sola figura esculpida. Es extraño. Es cierto que un chapitel como el de Amberes redime muchas cosas. ¡Qué obra tan magnífica! Tanto como arquitectura, es orfebrería. Y yo doy importancia á una orfebrería que tiene quinientos pies de altura.

Tournai, 20 de agosto.

La diligencia interrumpió mi carta, y la acabo en Tournai, Adela mía. La carretera de Audenarde aquí es una pradera sin fin, entrecortada de espesuras y de riachuelos. Se ve á la izquierda la agradable colina que oculta la corriente del Escalda.

Tournai debe haber recibido su nombre de las muchas torres que la cubren. Sólo la catedral tiene cinco campanarios. Es una de las más raras iglesias románicas que he visto. Hay en la iglesia un admirable *Juicio final*, de Rubens, y un magnífico relicario de plata dorada, enorme, macizo y labrado como una joya. Las dos portadas laterales de la iglesia son del más bello y curioso estilo bizantino. Toda esta ciudad despierta inmenso interés.

Ayer noche, como era el día de San Luis, la atalaya, soberbia torre casi románica, estaba alumbrada con farolillos de colores, abigarramiento agradable y luminoso que comentaba el campanero más parlero

y divertido del mundo. Una sinfonía de lanceros belgas respondía desde la plaza de armas á aquel alboroto aéreo. Todas las campanas estaban en movimiento, y también todas las mujeres. Toda esta antigua ciudad, entregada de lleno á aquella alegre y festiva locuacidad, era deliciosa de ver y oír. Yo estuve paseándome largo rato por una calle sombría, contemplando las cinco agujas de la catedral, que alumbraba vagamente la reverberación de la atalaya iluminada.

Pensaba en nuestra plaza Real, en todos nuestros amigos, en tí especialmente, Adela mía, y en nuestros queridos hijos. En aquel momento hubiera deseado teneros á todos. ¡Oh! El día en que sintamos juntos todas esas emociones, será un hermoso día para mí, créeme, ángel mío, y ámame. Abrazo á mi Didina, á mi Charlot, y después á *Totó* y *Dédé*. Espero que están siempre buenos y contentos. Un apretón de manos á tu excelente padre.

IX

TOURNAI.—YPRÉS

Courtrai, 27 de agosto, á las 7 de la tarde.

Ayer estaba en Tournai, y partí, atravesé Courtrai, vi Menin, visité Yprés, y he vuelto á Courtrai. Ya lo ves, amada mía, voy y vuelvo, no quiero dejar escapar ninguna de esas antiguas ciudades. A todas partes donde hay una catedral, un palacio comunal ó un Rubens, allí voy. Esto me produce un ir y venir sin fin. Mi viaje dibuja á través de la Bélgica un extravagante arabesco. Y es que en este país, de seis leguas en seis leguas hay una ciudad igual á las que se encuentran en Francia cada sesenta leguas.

Antes de salir de Tournai, volví á ver la catedral, que es verdaderamente de una rara belleza. Es una iglesia románica casi comparable á la de Noyón, y que tiene más que Noyón, un interesante jube del Renacimiento, todo él en mármol de varios colores, con dos pisos de bajo relieves, el uno del Antiguo y el otro del Nuevo Testamento, los cuales se expresan muy curiosamente, los de abajo por los de arriba, el símbolo por el hecho, la profecía por su cumplimiento, Isaac llevando la leña para su pira, por Jesús llevando la cruz; Jonás devorado por la ballena y vomitado á los tres días, por Jesús bajando á la tumba y